

EL ÁGUILA DE TOLEDO

LA VIDA DE FEDERICO MARTÍN BAHAMONTES

Alasdair Fotheringham



Libros de Ruta

© Alasdair Fotheringham, del texto original 2012.

Publicado originalmente bajo el título *The eagle of Toledo. The life and times of Federico Bahamontes* en 2012 por Aurum Press, parte de Quarto Publishing Plc.

© Libros de Ruta Ediciones, S.L., 2023.

Gordoniz 47B

48012 Bilbao

info@librosderuta.com

www.librosderuta.com

Primera edición: abril 2023

Traductor: David Batres Márquez

Edición: Eneko Garate Iturralde

Fotos de portada e interior: Getty Images

Diseño portada y maquetación: Amagoia Rekeró García

ISBN: 978-84-125585-0-0

Depósito legal: BI 01418-2022

Impreso en España por Leitzaran Grafikak

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

CON LA VERSIÓN IMPRESA, GRATIS VERSIÓN DIGITAL DEL LIBRO.

Si ha comprado este libro y quiere disponer también del mismo en formato digital, escriba su nombre y apellidos en la primera página con bolígrafo o rotulador. Saque luego una foto de dicha página y envíela a info@librosderuta.com. Una vez recibamos su email con la foto, le enviaremos la versión digital del libro a su dirección de correo electrónico.



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco en su convocatoria de ayudas a la edición promovidas en el año 2022.

Este libro está dedicado a la memoria
de María José Antón Jornet; y a Mar.

ÍNDICE

Nota del autor	11
Agradecimientos.....	13
Prólogo. El punto de partida.....	15
1. «Nunca ha sido niño»	27
2. El ladrón de melones	53
3. El helado más famoso del ciclismo	73
4. El ciclista gitano	97
5. Señalando con el dedo	113
6. Loroño contra Bahamontes: un cuchillo en la mesa	133
7. Los peligros de «los acelerantes»	155
8. 1959: «el Toledano»	179
9. «El matador sobre dos ruedas»	227
10. Adiós a la Vuelta	243

EL ÁGUILA DE TOLEDO

11. Exilio	265
12. Un pirata armado con alicates	277
13. Maestro y aprendiz	293
14. Tras los matorrales	311
15. La Vuelta a Toledo	321
Palmarés	343
Bibliografía	349
Índice onomástico	353

NOTA DEL AUTOR

Para una mejor comprensión entre los no iniciados en el mundo del ciclismo, he usado el nombre *Volta a Catalunya*, o *Volta*, para referirme a la principal carrera ciclista de la región (también conocida fuera de las fronteras españolas por el nombre de Tour of Catalunya o Tour of Catalonia). Por motivos similares he optado por utilizar el nombre *Vuelta al País Vasco* en lugar de *Itzulia*, *Giro de Italia* o *Giro* en lugar de *Giro d'Italia*, mientras que la *Vuelta a España* aparecerá por este nombre, o la forma más económica de *Vuelta*. Dada su fama universal, habrá ocasiones en las que me referiré al Tour de Francia solo como Tour. (Como Bahamontes suele decir: «*Le Tour es le Tour*»).

Cambiando a otro asunto por completo diferente, esta biografía contiene extractos de una serie de entrevistas con Federico Martín Bahamontes, pero no es una revisión autorizada de su vida. En palabras de Bahamontes: «Mientras a mí me dejes en paz, puedes escribir lo que quieras». Y eso es, en líneas generales, lo que he hecho.

Alasdair Fotheringham, marzo de 2012.

AGRADECIMIENTOS

Primero y, sobre todo, mi mayor agradecimiento he de hacérselo a Naomi, tanto por hacer posible este libro como por hacer que merezca la pena llevarlo a cabo.

Steve Farrand ha sido un enorme apoyo a lo largo de todo el proceso, y Jacinto Vidarte me ha conseguido todo tipo de material, desde fotografías de Bahamontes a ese sentido del humor tan cáustico del que tanto he disfrutado a lo largo de todo el proceso. A ambos, en particular, mi agradecimiento.

También estoy muy agradecido a mi madre, Alison Harding, por su apoyo, sabiduría y sus consejos sobre la lectura y la escritura de libros, su concepción y sobre cómo conseguir que se publiquen. A mi hermano William, por sus consejos a este mismo respecto, por conseguirme contactos de lo más útil, por sus comentarios más específicos y por sus ánimos (por no mencionar que fue quien hizo que me interesara por el ciclismo en primera instancia). A mi padre, Alex, por su interés y sus comentarios, además de compartir conmigo sus inestimables y amplios recuerdos sobre el ciclismo de las décadas de los 50 y 60. A los tres por su ayuda y motivación: muchas gracias.

Gracias también al historiador español del ciclismo Javier Bodegas, por su apoyo, comentarios, información e interés; a Philippe Bouvet de *L'Equipe* por conseguirme contactos, por sus consejos y su entusiasmo e interés; a Josu Garai por permitirme usar la foto-

copiadora del *Marca* durante tantas horas; a Alex Hoskins, por ser el copiloto perfecto mientras atravesábamos tantos y tantos lugares de España y Francia en busca de tantos exciclistas y un buen pacharán. A Richard Moore por esos ánimos que tanto necesité cuando el libro comenzaba a tomar forma. Y, en otro orden de cosas, a Sam Harrison de Aurum y Martin Smith por su duro trabajo y habilidades a la hora de editar y pulir el libro para que llegara a su forma final. También, y en orden alfabético, a Geoff Brown, Alberto Contador, Pedro Delgado, Raul Esgueva, Hugh Gladstone, Rupert Guinness, John Herety, Miguel Indurain, Graham Jones, Alain Laiseka, Unai Larrea, Margarita Lobo, Edward Pickering, Dave Prichard, David Randall, Jorge Quintana, Phil Sheehan, Francois Thomazeau, Benito Urraburu, Antonio Valdivia Molina y Graham Watson. Por último, a mi agente, Mark Stanton, de Jenny Brown Associates, tanto por su astuta diligencia al manejar la parte tediosa de publicar un libro, como por contener la angustia de un autor primerizo.

PRÓLOGO

El punto de partida

Antes de que Alberto Contador dejara su impronta en el ciclismo por etapas de finales de la primera década del siglo XXI, su ciudad natal, Pinto, al sur de Madrid, era conocida por ser el centro geográfico de la Península Ibérica. A resultas del incremento de su fama, cada vez que Contador salía al balcón del ayuntamiento municipal a saludar a las masas de aficionados tras haber conseguido su última victoria en una gran vuelta, es más que probable que los habitantes de esa aburrida ciudad dormitorio se sintieran, además, el centro del mundo del deporte.

Durante una de esas celebraciones una persona intentó colarse en la fiesta. Mientras Contador abandonaba el balcón y bajaba por las escaleras hasta la sala principal, el timbre de la puerta principal, cerrada a cal y canto para mantener fuera a los intrusos, comenzó a sonar de manera estridente. En el mismo instante se pudo escuchar una voz gritar: «¡Dejadme entrar! ¡Dejadme entrar! ¡Soy Bahamontes!». Desde luego que lo era. Bien vestido, con su típico traje oscuro y corbata, su mata de pelo ondulado repeinado de manera escrupulosa, Federico Martín Bahamontes estaba al otro lado, repartiendo abrazos tanto a conocidos como a aficionados, firmando autógrafos y luciendo una sonrisa de oreja a oreja. Cuando Bahamontes pudo acceder al interior Contador hizo los honores, dejando que la prensa le fotografiase junto al hombre conocido como el Águila

de Toledo. Era un momento simbólico: el primer vencedor español del Tour de Francia, puede que el mejor escalador que haya conocido este deporte, y su último heredero (aunque no exento de controversia, teniendo en cuenta que Contador dio positivo por clenbuterol, un potenciador del rendimiento prohibido).

En su país natal se considera a Bahamontes el precursor, el hombre que allanó el camino para las futuras generaciones de ciclistas españoles que soñaban con alzarse con la carrera más prestigiosa. A diferencia de otras figuras similares en otros países, y me vienen a la mente Fausto Coppi, el italiano que ganó el Tour en dos ocasiones, o Tom Simpson, el británico que ganó el Mundial de ciclismo en 1965, Bahamontes no ha sido engullido por las profundidades de la historia. Hace aparición una y otra vez, entregando trofeos en los podios de carreras, haciendo declaraciones a la prensa, y en el caso de ciclistas del más alto nivel como Contador o Carlos Sastre, vencedor del Tour de Francia de 2008, dándoles una cantidad ingente de consejos de lo más valioso, lo que suele hacer de manera nada parca en palabras y a través del teléfono. Y aunque pueda que nadie le haya pedido esos consejos, Bahamontes parece estar siempre seguro de que, siendo como es la fuente primaria de inspiración para el ciclismo profesional español, su presencia y sus consejos siempre serán bien recibidos. ¿Puede esto sorprender a nadie teniendo en cuenta que su victoria en el Tour de Francia tuvo tal impacto en la España de la posguerra que trascendió mucho más allá de los límites del mundo deportivo?

La victoria de Bahamontes en el Tour de 1959 fue el mayor logro deportivo internacional para España en un año en el que el país comenzaba, tras una larga travesía por el desierto, a avanzar también en materia social y económica. El avance más importante fue, sin duda alguna, el final definitivo del aislamiento internacional que siguió a la victoria de las tropas del general Franco sobre las fuerzas del Gobierno republicano elegido democráticamente, y que significó el final de la Guerra Civil que tuvo lugar entre 1936 y 1939, además del posterior apoyo inicial del régimen a la Alemania nazi y a la Italia fascista al comienzo de la IIGM, pese a que el país permanecía, técnicamente, neutral. Tanto Hitler como

Mussolini habían apoyado el golpe del general y tuvieron que pasar casi dos décadas para que los Estados Unidos y sus aliados accedieran a aceptar, sin reticencias, a España entre sus filas.

En lo que concierne al deporte, además de ser, con toda seguridad, el logro individual más importante para el país desde que Franco se hiciera con el poder, la victoria de Bahamontes en el Tour «demostraba» al español de a pie que España volvía a ser un miembro de pleno derecho de la comunidad internacional, marcando un importante punto de inflexión. El éxito de Bahamontes coincidía con el fin a dos décadas de una devastadora recesión económica tan terrible que fueron conocidas como «los años del hambre». El 21 de julio de 1959, cuando apenas hacía una semana de que Bahamontes hubiera alcanzado la gloria en el Tour, el Gobierno introdujo su «Plan de Estabilización», una serie de reformas radicales que anunciaban la modernización de la economía española.

Así, Bahamontes no solo abría un nuevo capítulo en el deporte español, sino que era la muestra tangible de que la peor época del país había tocado a su fin, y de que las cosas mejoraban tanto en casa como fuera. Por eso, no resulta tan sorprendente que el régimen de Franco enviara ni más ni menos que catorce bandas militares de música para las celebraciones por la victoria en Toledo. El hecho de que la llegada triunfal de Bahamontes a París se diera el 18 de julio, en el aniversario del golpe de estado de Franco contra la República, era una coincidencia de lo más afortunada para los gobernantes del país, sobre todo porque daba mayor valor a esa fecha tan reverenciada en el calendario español.

Y, lo que es mejor, vencer en el Tour significaba derrotar a los pérfidos franceses en su propia carrera. Franco estaba resentido con Francia por haber sido un esporádico aliado político de la derrotada República, y por ser el ejemplo más cercano de prosperidad democrática, además de ser el supuesto baluarte moderno de los valores liberales y subversivos que habían corrompido su idealizada visión de la tradicional y autoritaria España católica, apostólica y romana. A los lectores del siglo XXI puede parecerles un tanto chocante que un logro deportivo se viera barnizado con tanta carga política; pero lo cierto es que este continuaba siendo

el punto de vista imperante en el ciclismo español durante la década de los noventa, cuando la racha de victorias consecutivas de Miguel Indurain en el Tour fue considerada una prueba fehaciente de que por fin España se había hecho un hueco en la gran Europa. La desmesurada victoria de Indurain en el Tour de 1992, que visitó todos los países miembros de la Unión Europea que se habían adherido al tratado de Maastricht —incluida España— fue la guinda del pastel.

De nuevo en 1959, la victoria de Bahamontes en el Tour representó un enorme logro. Y como todo gran logro, moldearía el futuro. La victoria en la carrera por etapas más importante del mundo hizo que el ciclismo español se obsesionara con este tipo de carreras. Incluso hoy en día las clásicas de un día o el ciclismo en pista, las otras dos grandes especialidades del ciclismo, apenas reciben la atención mediática o publicitaria que se merecen. Carlos Arribas, veterano corresponsal deportivo del diario *El País*, escribió hace tan relativamente poco tiempo como en enero de 2012: «la verdad básica del ciclismo para los españoles: la montaña, el ciclista como único ser capaz de desafiar por la fuerza de sus piernas la ley de la gravedad y volar».

A la vez, ser el primer vencedor español del Tour de Francia ha garantizado a Bahamontes un lugar en el deporte, de por vida. Es una etiqueta que nunca se ha cansado de exprimir, todavía hoy en día, cuando ya comienza a parecer ajada por el tiempo. De hecho, cuando Bahamontes recibe a algún periodista, lo extraño es que sea en su propia casa en Toledo; prefiere que se acerquen al local en el que está su peña, su club de fans. Da la sensación de que sea irrelevante que ese club, localizado en un destartalado local a las afueras de Toledo, esté casi muerto; que la pintura roja del cartel que lo identifica se esté borrando a marchas forzadas y que su página web no siga funcionando. Bahamontes siempre parece seguro de que el visitante abandonará el lugar convencido de lo importante que es su nombre. Durante las entrevistas Bahamontes se sienta, siempre, tras un enorme escritorio de madera de caoba, bajo un enorme marco que contiene una fotografía de sí mismo, trajeado y sonriendo desde la distancia del tiempo, en los años sesenta o setenta.

La fotografía, a tamaño natural, ocupa prácticamente la totalidad de la pared, erigiéndose frente al periodista. Y por si fuera necesario recordarle a alguien el apodo de Bahamontes, no será necesario que busque demasiado lejos: a su izquierda hay un águila de alabastro, observando el mundo desde lo alto de una columna de un metro de alto con una mirada torva e impenetrable. Las polvorientas estanterías de la estancia están repletas de trofeos y álbumes de fotos que relatan toda su carrera, etiquetadas de manera cuidadosa con la enmarañada caligrafía de Bahamontes.

Mientras habla sin cesar, dando respuestas que rara vez duran menos de cinco minutos, desfilan por la mesa postales en las que se le puede ver en todo su esplendor, así como pósteres con su palmarés; aunque nadie las haya pedido. Como no puede ser menos, resaltan las victorias en el Tour de Francia, así como los seis títulos de rey de la montaña, récord que ha permanecido en pie durante medio siglo. Pero hay más, mucho más. Como Bahamontes nunca se cansa de señalar, se alzó con la victoria en la clasificación de la montaña en todas las carreras por etapas en las que participó. Pese a que esto no sea del todo verdad, sus logros no dejan de ser abrumadores. Un ejemplo: en los últimos cincuenta años no ha habido otro profesional que haya coronado en primera posición más cimas de la más alta categoría en el Tour.

En todo este cosechar victorias y marcharse en solitario montaña arriba, Bahamontes se convirtió en el escalador más emblemático del ciclismo: esa figura que avanzaba por el pelotón en cuanto la carretera se empinaba, martilleando sus piernas. El especialista definitivo cuando se trata de estirar el pelotón a su paso por los cols, traspasando toda frontera del dolor hasta llegar a un punto en el que tenían que dar su brazo a torcer y dejarlo ir. «Pregunte a cualquier francés quién es el mejor escalador. Ya sabe cuál será su respuesta... yo», dijo una vez Bahamontes. «Probablemente sea el mejor escalador de todos los tiempos», coincidía Sam Abt, el reputado corresponsal del *New York Times*, en un comentario que cobra mayor fuerza si se tiene en cuenta que fue realizado durante el obituario que el propio Abt realizó a la figura de Charly Gaul, el mayor rival del elogiado.

Un motivo por el que Bahamontes tiene, sin duda, toda la razón es que mientras que el resto de grandes figuras sobre dos ruedas en la montaña —Pantani, Millar, Van Impe— puede presumir de unos resultados más impresionantes en su curriculum, ninguno de ellos podía igualar al Águila en sus impetuosos, vehementes y resueltos ataques. Incluso en el ciclismo competitivo de los cincuenta, muchos más arcaico en comparación, Bahamontes era elogiado por desplegar un estilo similar al de la época dorada del ciclismo, cuando era un deporte (supuestamente) más espontáneo, una *fiesta* sin fin de ataques irreflexivos y pasionales en los que se intentaba dejar atrás al resto del pelotón. «En cuanto llegaban las montañas sabía que Bahamontes iba a atacar», dijo en una ocasión el esprinter inglés Barry Hoban. «Siempre. Y ya no lo veías de nuevo hasta la mañana siguiente». Brian Robinson, primer británico en lograr una victoria de etapa, añade: «Comenzaba a mover esas pequeñas coronas, abría un hueco no muy grande y se daba la vuelta para ver si alguien había sido capaz de seguirlo. Por lo general, nadie lo conseguía. Y así lo hacía, una y otra vez. Y al final acababa desapareciendo en la distancia».

Lo que más atemorizaba a sus rivales era que Bahamontes siempre mostraba cierto atisbo de divertimento puro y duro mientras desplegaba sus ataques, cierta tendencia a atacar porque sí. Como diría su archirrival, Raymond Poulidor, era un *provocateur*, un agitador. «Era un escalador puro, capaz de mantenerse en cabeza durante las ascensiones incluso cuando no estaba en forma. No me da la sensación de que le importara demasiado si la ascensión estaba al comienzo o al final de la etapa. Lo único que deseaba era coronarla el primero».

Las leyendas alrededor de Bahamontes son abundantes. Tenía tal confianza en su superioridad, decía, que en una ocasión atacó en los Alpes para, después, detenerse en la cima de la montaña y comerse un helado mientras esperaba al pelotón. O, según se rumoreaba, les decía a sus compañeros que abandonaran en el arranque de la última ascensión y se dirigieran al hotel en el que se alojaba el equipo, que ya se las apañaba el solo para llegar a la cima. Tenía un sentido del honor tan susceptible que, según se

dice, en una ocasión se bajó de la bicicleta en mitad de una carrera y atacó a un espectador con una bomba de aire porque le había insultado. Contaban que tenía un temperamento tan iracundo que abandonó una Vuelta a España después de que los comisarios se negaran a readmitir a un compañero de equipo que había sido descalificado. Aquel día pedaleó tan despacio, de manera deliberada, que fue abucheado y silbado durante el trayecto, terminando una hora después que el resto del pelotón.

Sin embargo, pese a tantas historias y anécdotas que giran en torno a él, Bahamontes también era una figura aislada; lo sigue siendo hoy en día. En una ocasión le preguntaron si alguna vez había corrido con el apoyo de algún equipo, a lo que Bahamontes espetó: «Jamás. Siempre estuve solo». Durante los años que duró su carrera jamás tuvo un mánager a tiempo completo, ni un mecánico personal, ni tampoco un masajista leal y de toda la vida: con él no hay rastro de los típicos aditamentos que los ciclistas profesionales fueron haciendo tan comunes a lo largo de los años. Propenso a ataques de rabia pueril, Bahamontes solía acusar a sus compañeros ciclistas y directores de carrera de traicionar su confianza abandonándolo a su suerte. Incluso llega a asegurar que el Estado español estaba dispuesto a sacrificar sus opciones de victorias en la Vuelta a España por meros intereses políticos. A excepción de un puñado de aliados, como su compañero Julio San Emeterio, la opinión extendida sobre Bahamontes es que era un egoísta que se autoexcluía, convencido de su propia genialidad deportiva pero casi siempre incapaz de reconocer los esfuerzos que se hacían en su favor.

«¿Federico?», me dijo en una ocasión Bernardo Ruiz, quien fuera compañero de Bahamontes y vencedor de la Vuelta a España. «Jamás le agradecía a nadie nada». *L'Equipe*, el periódico casi oficial del Tour de Francia lo describió como «una figura sombría y melancólica, como las siluetas pintadas por El Greco en su Castilla natal», añadiendo de manera mordaz: «Bahamontes era demasiado extravagante, demasiado bohemio, demasiado caprichoso como para ganar el Tour en más de una ocasión». Los hay que se muestran menos educados. «[Como ciclista] era lo que podríamos

definir como “personificación de la locura”, dice Josu Loroño, quien fuera periodista especializado en ciclismo e hijo del rival más enconado de Bahamontes, Jesús Loroño. En otra ocasión, Josu afirma: «Todo giraba siempre en torno a “yo, yo, yo”... en efecto, él [Bahamontes] era magnífico, pero jamás le dio ningún valor a lo que el resto era capaz de hacer».

Sin embargo, esta imagen de Bahamontes como excéntrico individualista estaba lejos de ser accidental en su totalidad: aunque estaba convencido de que el mundo se la tenía jurada, por decirlo de alguna manera, ese aislamiento autoimpuesto contenía, también, matices de truco publicitario diseñado con maestría, de modo que le permitiese perseguir sus auténticos objetivos escondiéndolos tras una cortina de humo. Como Bahamontes no se cansa de señalar, su victoria en el Tour de 1959 llegó en parte gracias a que el resto de favoritos, sobre todo los franceses, pensaban que su único objetivo era el premio de rey de la montaña. Cuando se dieron cuenta de su error, el Águila de Toledo ya había volado.

Bahamontes no puede resistir la oportunidad de engordar su mito. Durante las entrevistas, toma de las estanterías una copia del libro que preparó con tanto esmero para el cincuenta aniversario de su éxito. A pesar de ser una bonita iniciativa, uno no puede dejar de observar que hay dos o tres docenas de volúmenes idénticos que esperan, todavía, en las estanterías a que se los lleve algún hipotético admirador. En una habitación adyacente, el polvoriento culto a la personalidad continúa con otra enorme fotografía de Bahamontes. En esta ocasión se trata de una fotografía del ocaso de su carrera, en la que aparece desplegando el vuelo por una ascensión montañosa: como es típico, su cabeza y su cuerpo se proyectan hacia adelante, con los brazos cerrados en forma de «L», con los dedos extendiéndose por el manillar mientras las piernas golpean con un ritmo incesante en busca de una última victoria.

Incluso tras retirarse en su último Tour, en 1965, del que se marchó tras apenas una semana de competición porque, según dice, su equipo se negaba a pagarle, esa energía rayana en lo maniático que lo había impulsado durante su carrera permanecía intacta. Después pasó unos años dirigiendo equipos *amateurs* y profesio-

nales. Durante la temporada invernal, Julio Jiménez, quien conseguiría tres títulos de rey de la montaña durante los años sesenta, lo acompañaba por toda España en el reluciente Mercedes propiedad de Bahamontes mientras exprimían las invitaciones para ser las estrellas de honor en crítériums, reuniones invernales de clubes e inauguraciones. De hecho, se diría que la infatigable energía de Bahamontes sigue creciendo, en lugar de disminuir. Cuando lo conocí en una mañana primaveral de 1993, caminaba tan rápido por las calles de Toledo, dando voces a cualquiera que pareciera mínimamente somnoliento para que despertara, «que ya ha amanecido, hombre», que resultaba casi imposible seguirlo.

Cuando se le visita es casi imposible que no se dé algún momento histriónico. En una ocasión tuve que esperarlo durante media hora en su Mercedes mientras discutía dentro de la comisaría de la policía local para que arreglaran una alcantarilla que se había levantado en la calzada. Estaba tan cegado por entrar en el edificio que se le olvidó echar el freno de mano del coche, que había dejado aparcado en una rotonda conmigo dentro, y que rodó veinte metros cuesta abajo hasta colisionar contra un bolardo. Se metió de nuevo en el coche y lo puso en marcha como si nada hubiera sucedido.

Pero detrás de este huracán de energía nerviosa sigue habiendo lamentos y rencores difíciles de ocultar. Bahamontes está del todo convencido de que ha sido el mejor escalador que ha visto el ciclismo; el único motivo por el que no logró vencer en más Tours fue porque no contó con un buen equipo, con un número suficiente de compañeros leales y por la ausencia de llegadas en alto, lo que resultaba fatal para un bajador tan mediocre como era él. Pero la verdad es mucho más compleja. La victoria de Bahamontes en el Tour de 1959 se vio favorecida, en parte, por una lucha intestina de poder entre los principales ciclistas franceses, quienes, en el fondo, preferían que ganara un español a que lo hiciera uno de sus compatriotas y rivales. Y, sobre todo, su naturaleza impulsiva, su ambición desmesurada y sus extraños abandonos le dejaron demasiado expuesto y solo, incluso en el contexto de un ciclismo tan despiadado como el de los años cincuenta.